

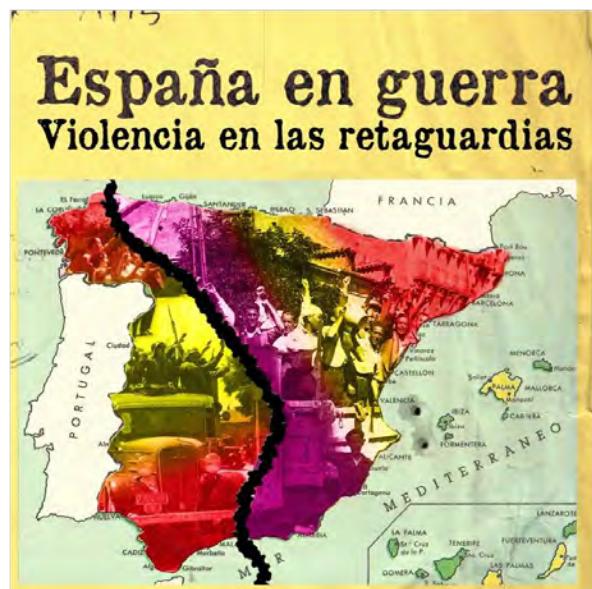
«España en guerra: violencia en las retaguardias», una exposición necesaria

José Emilio Pérez Martínez
Universidad Complutense de Madrid

El Foro por la Memoria de Segovia continúa con su encomiable labor de recuperación de la Memoria Democrática, incide especialmente en labores divulgativas con exposiciones como «La II República, esperanza de un pueblo» o «La dictadura franquista, cuarenta años de represión» y libros como «Segovianos al servicio de la República» y «Tras las rejas franquistas», este último también en documental. Recientemente ha puesto en marcha la exposición itinerante «España en guerra: violencia en las retaguardias», que ha recorrido, desde septiembre de 2015 una quincena de bibliotecas públicas municipales y centros culturales de la ciudad de Madrid, cuyo periplo culminó el pasado marzo en El Pozo del Tío Raimundo, en Vallecas.

Dirigida y documentada por Santiago Vega Sombría, con la colaboración de Juan Carlos García Funes, José Luis Ledesma y Glicerio Sánchez Recio, y el diseño de Pedro J. Llorente, la muestra acerca al visitante al fenómeno de la represión en las retaguardias franquista y republicana durante la Guerra Civil española, a través de una serie de minuciosos y cuidados paneles que ilustran detalladamente las formas y dimensiones del fenómeno represivo en ambas zonas.

El principio básico del que parte el proyecto es que todas las víctimas merecen respeto, memoria y dignidad, algo que según se avanza en el recorrido se hace palpable en cada uno de los diferentes paneles



explicativos. Y sin embargo, y teniendo esto en cuenta, se reconoce que, y cito textualmente, «es labor de los historiadores explicar e interpretar las causas, mecanismos, naturaleza y dimensiones de los procesos represivos» que hubo tras las muertes de todas y cada una de estas víctimas.

Nos encontramos ante unas 150.000 víctimas de la represión en las retaguardias —casi el mismo número que el de los caídos en los frentes de batalla, que ronda los 160.000— que se concentran sobre todo en 1936, cuando afloraron los conflictos sociales y políticos labrados durante los últimos años: jornaleros frente a terratenientes ante la reforma agraria, laicos frente a la Iglesia ante la libertad de conciencia, maestros frente a la Iglesia ante la enseñanza laica,... También se aprovecharon las circunstan-

cias bélicas para dar rienda suelta al ajuste de rencillas personales y móviles privados. Aunque ambas represiones persiguieran los mismos fines —asegurar las retaguardias y eliminar a los adversarios— vemos, gracias a la exposición, que existen diferencias cualitativas y cuantitativas entre las de ambas zonas. Así, mientras que el número de víctimas por la represión ejercida por los republicanos puede cifrarse en 42.582, en la zona franquista asciende a 144.755 (si incluimos las cifras de posguerra). Parece que los números hablan por sí solos.

Pero no es tan solo cuestión de cifras. Y es, acercándose a los diferentes paneles, cuando el visitante percibe esas diferencias cualitativas entre una retaguardia y otra a la hora de ejercer la represión. Unos paneles, a ojos del que escribe, ecuánimes y justos, en caso de que algún lector esté pensando en que la exposición se rige por principios partidistas.

Así, las piezas en las que se trata la represión y la violencia en la retaguardia republicana hablan de cómo ésta no fue uniforme ni en todo el territorio que permaneció fiel a la legalidad democrática, ni durante toda la guerra. Explican cómo no respondió a ningún plan sistemático de eliminación de enemigos por parte de las autoridades, y señalan que hubo, incluso, voces discordantes dentro del gobierno de la República.

De este modo, concentrada principalmente en el verano de 1936 —los primeros compases de la contienda— la represión fue orquestada por toda una estructura paraestatal dependiente de partidos y sindicatos. Una violencia cuya dureza dependió en muchas ocasiones de la crudeza de la sublevación, habiendo episodios represivos que se produjeron como respuesta a diferentes bombardeos a objetivos civiles u otras agresiones por parte del ejército sublevado. La violencia anticlerical es otro de los temas tratados al hablar de la retaguardia

republicana. El apoyo directo y abierto de la jerarquía eclesiástica a la sublevación hizo que la misma se convirtiera en blanco de la violencia de retaguardia. Unos 6.000 miembros del clero fueron víctimas directas de la misma en un ejercicio represivo que desoyó los llamamientos del gobierno republicano a parar dicha violencia. Los tribunales populares, las cárceles y las «checas», con sus «sacas» y «traslados», los campos de trabajo —con sus condiciones de vida desplorables—, la depuración de desafectos, o el Tribunal de Responsabilidades Civiles, son otros de los fenómenos del repertorio represivo en la retaguardia republicana que la exposición trata.

Paracuellos —«¿Y Paracuellos qué?», habremos oído cientos de veces— tiene su propio panel. En el mismo se contextualiza y explican la sucesión de hechos que llevaría al desgraciado episodio de los fusilamientos de unas 2.000 personas en Torrejón de Ardoz y Paracuellos del Jarama.

La represión en la retaguardia sublevada adoptó, y así lo explican los paneles dedicados a la misma, unas características diferentes. Estaba prevista y planificada de antemano —por el general Mola en las «Instrucciones reservadas» de mayo del 36—, estuvo dirigida por las autoridades militares, enfocada contra todos aquellos que se opusieron al golpe y que eran considerados adversarios políticos —autoridades civiles, dirigentes políticos, militantes republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas, etc.—, tuvo un marcado componente de clase y, por el resultado de la contienda, se prolongó en el tiempo hasta 1975.

Amparados en el Bando de Guerra del 28 de julio, que se mantuvo en vigor hasta 1948, se realizaron fusilamientos sin procedimiento judicial alguno a manos de la Guardia Civil, del ejército y las milicias nacionales (Falange, etc.), y ajusticiamientos bajo el paraguas de una justicia mili-

tar ficticia, en forma de Consejos de Guerra que eran verdaderas farsas. En un ejercicio de resignificación notable, todos aquellos que permanecieron leales a la República y se opusieron al golpe de Estado fueron acusados de rebeldía, siendo Julián Grima el último de los aproximadamente 40.000 ejecutados por su actuación durante la contienda.

La prisión, los trabajos forzados, los campos de concentración, la depuración de cargos públicos de todo tipo —con especial incidencia en el cuerpo de docentes—, la censura, la ilegalización de partidos políticos y sindicatos que no fueran aquellos que darían forma al nuevo Estado, la censura, la imposición de unas pautas de vida y de un adoctrinamiento ideológico, el Tribunal de Orden Público, fueron, entre otros, algunos de los mecanismos represivos de los sublevados. Una violencia generalizada que adoptó formas concretas contra determinados colectivos como las mujeres, los niños o los homosexuales.

Un régimen de terror sistemático sobre el que se construiría la España nacional-católica que

Violencia en las retaguardias

Las 150.000 víctimas producidas en la retaguardia - casi tan numerosas como las 160.000 originadas en los frentes de batalla - muestran la magnitud del terror desplegado lejos de las líneas de combate.

En las dos retaguardias hubo la misma brutalidad y, en muchos casos, una violencia indiscriminada. Los escenarios se repiten: desamparados, tapias de cementerios, pozos, pinares; también los mecanismos: sacas de presos o de particulares de sus casas o de sus lugares de trabajo. Se

aprovechan las circunstancias bélicas para ajustar cuentas por rencillas personales y móviles privados. Participan delincuentes comunes que se suman a la ceremonia de la sangre. El mayor porcentaje de víctimas se produjo en el verano de 1936. Tenía relación con la conflictividad política y social previa a la guerra. Se producía como represalia frente a bombardeos de la aviación enemiga.



Exiliados y refugiados de Valencia a un paso por Segura

El objetivo fundamental de ambas represiones era asegurar la retaguardia e impedir cualquier resistencia de los supuestos enemigos, a los que se pretendía eliminar como medida preventiva para limpiar la sociedad de los "elementos indeseables".



Misiones de Madrid con refugiados al frente de Segura

Represión en zona franquista:

130.199 víctimas



• **Prevista y planificada** desde antes de la sublevación militar (escrita en Mayo por el general Mola en las *Instrucciones Reservadas*).

• **Dirigida por** las autoridades militares (dictadura militar) que controlan todo el territorio bajo su jurisdicción.

• **Enfocada contra** los que se oponen al golpe y los adversarios políticos: autoridades, dirigentes y/o militantes de organizaciones republicanas, socialistas, comunistas, anarquistas.

• **Represión de clase:** jornaleros, obreros, maestros.

• **Se prolongó** durante toda la dictadura hasta 1975.



"Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Deben ser exterminados todos los dirigentes de los partidos políticos, sindicatos o institutos no afectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para garantizar las posiciones de rebeldía o hostilidad."

Represión en zona republicana:

49.272 víctimas



• Es una reacción atropelladamente improvisada, **no prevista, no planificada**. Se desencadena como **respuesta ante la sublevación militar**.

• Ejecutada desde abajo, por partidos y sindicatos que desobedecen, en muchos casos, las órdenes de las instituciones democráticas.

• Dirigida contra los apoyos y simpatizantes del golpe: autoridades, dirigentes y/o militantes de organizaciones falangistas, católicas, conservadoras.

• **Represión de clase:** terratenientes, propietarios, militares, Iglesia.

• Finalizó con la derrota en la guerra en 1939.



"Ninguna política puede fundarse en la decisión de exterminar al adversario. (...) La política de exterminio no puede ser, pero no el sentimiento que las anima."



Panel de la exposición «España en guerra. La violencia...».

habría de durar cuatro décadas, durante las que muchas de estas formas represivas se perpetuaron.

El visitante tiene, gracias a estos detallados paneles —repletos de ilustraciones, gráficos, recortes de prensa de época, carteles, etc.—, los datos, la información necesaria para, aun no siendo historiador, poder interpretar y construir su propio juicio. Una exposición necesaria por su tono divulgativo, por la calidad de los materiales y por

su especial contribución a la recuperación de la memoria de todas aquellas personas que fueron víctimas de la violencia. Necesaria porque desde el respeto a todas las víctimas y el rigor historiográfico, reconoce la existencia de fenómenos represivos en ambas retaguardias, a la par que a través de la explicación de los mismos, nos permite entender que, digan lo que digan —y esto no debemos olvidarlo nunca— no fueron lo mismo.